



Comentario de Libros

"CARTA A UN REHEN"

de Antoine de Saint-Exupéry

Por

Rodrigo SERRANO Bombal



EN MEDIO DEL florecer de los cañones y las bombas —en plena Guerra Mundial— la fina sensibilidad de un piloto francés supo sustraerse a tan inapropiada circunstancia para extraer, de los más íntimos rincones de su alma, el testimonio generoso de una evocación sentida, a la vez que imprescindible para su supervivencia misma.

La obra de Saint-Exupéry, breve —como su vida— es un permanente canto al amor humano, fundamentalmente en su noble expresión de la amistad, al mismo tiempo que una búsqueda incesante de aquellas fuerzas misteriosas que nos impulsan hacia uno u otro lado, dentro del

conjunto armónico de orientaciones vitales que son —en definitiva— las que nos otorgan esa "densidad" que distingue al hombre del animal irracional.

Deambulando bajo el cielo artillado de Europa, con la vaga angustia del mañana incierto y cogido —en su soledad— por la nostalgia infinita de sus afectos lejanos, Saint-Exupéry hizo posible llegara a nosotros —algunos años después— esta maravillosa inspiración que, bajo el título de "Carta a un Rehen", nos abre toda una perspectiva en el camino del sentimiento, traduciendo en palabras lo que siempre imaginamos imposible de verbalizar, en la medida que daba cuenta de los afanes del alma, los que —por estar constituidos de lo sutil y lo insible,

lo incorpóreo y lo intangible— creíamos más bien reservado a la vivencia que al verbo.

Sin embargo, quien sostenga que una idea termina al ser definida por la palabra, ha —necesariamente— de mudar su parecer tras la lectura de este libro, al descubrir en sus páginas una palabra provista de la particularidad singular de no "definir", es decir, de no poner límites, sino que —por el contrario— transformarse en mágica fuente de múltiples evocaciones entrelazadas —una a otra— por el tan humano vínculo de la aspiración trascendente; de ese permanente interrogarse del hombre acerca de su origen y destino último, que lo convierte en peregrino de algún fuego, en viajero tras la huella de algún pozo o en navegante envejecido en el penar hacia un faro de cuya existencia abriga efímera esperanza.

El camino de ese fuego, de ese pozo o ese faro, es —en "Carta a un rehén"— la resultante de aquellos polos esenciales de la vida que, en prodigiosa atracción, van señalando al hombre un sentido a su existir, en la medida que descubre en su horizonte vital, aquellas estrellas depositarias de sus afectos más nobles y que son las que le permiten sentirse viajero y no emigrante —vale decir— motivo de ansiedades lejanas, de esperas impacientes, de recuerdos y nostalgias de retorno.

Ya fijadas aquellas direcciones que —a la distancia— imantan la vida, se nos presenta magistralmente su cualidad, en un relato que tiene algo de sobrenatural, pese a estar fundado en el diario ajeteo de una existencia común.

Quizás en cilo —precisamente— resida el poderoso encanto de esta obra: en el hecho de tornar trascendente lo cotidiano, en el milagro de hacer poesía de la aridez rutinaria, en el rescate dramático de conceptos fundamentales perdidos en el uso arbitrario y errático.

Este logro tan importante, contrariamente a lo que pudiera creerse, no es fruto de artificios literarios ni de formalidades exóticas, sino la lógica consecuencia de una postura integralmente distinta a la habitual que —desde luego— atribuye a las cosas valoraciones muy diversas, a la vez que las relaciona a una jerarquía axiológica también diferente, en la que

polos casi irreales construyen toda una red de direcciones, de pendientes y de signos.

La irrealidad de aquellos polos de atracción —empero— dice relación únicamente con la intangibilidad de nuestra aproximación a ellos, con la fascinante sutileza del arribo, con su delicada sugerencia, tan a menudo imperceptible.

De tal manera, penetramos un extraño paraje de contrasentidos aparentes, en el que coexisten la invención y la realidad, lo mágico y lo natural, la duda y la certidumbre, lo indeterminado y lo preciso.

Así es el acontecer del sentimiento: contradictorio, impredecible, desconcertante, irrepetible. Adjetivos todos que califican —sin embargo— una condición que, pasando por ellos, encuentra su sentido final en la simplicidad maravillosa de un abrazo, una sonrisa o una carta a un amigo a quien se quiere y que —en algún instante— comienza a ser esencial:

"Estoy tan cansado de polémicas, de exclusividades, de fanatismos. En tu casa puedo entrar sin vestirme con un uniforme, sin someterme a la recitación de un Corán, sin renunciar a nada de mi patria interior. Junto a ti no tengo ya que disculparme, no tengo que defenderme, no tengo que probar nada. Más allá de los palabras torpes, más allá de los razonamientos que me pueden engañar, tú consideras en mí simplemente al hombre, tú honras en mí al embajador de creencias, de costumbres, de amores particulares. Si difiero de ti, lejos de menoscabarte te engrandezco".

"Yo que, como todos, experimento la necesidad de ser reconocido, me siento puro en ti y voy hacia ti. Tengo necesidad de ir allí donde soy puro. Te estoy agradecido porque me recibes tal como soy. ¿Qué he de hacer con un amigo que me juzga?"

"Amigo mío, tengo necesidad de ti como de una cumbre donde se puede respirar. Tengo necesidad de acodarme junto a ti sobre la mesa de una pequeña hostería y brindar en la paz de una sonrisa semejante al día".

"Si todavía combato, combatiré un poco por ti. . .".